

de la vida y de la muerte los límites y la ilimitación del hombre

Miguel Da Costa Leiva

Este problema se presenta desde muy diferente sentidos y matices. Al hablar de finitud hay que dejar constancia desde ya que el hombre es limitado en muchos sentidos. Incluso, esto depende en última instancia de aquello que comparamos al hombre, es decir, el punto referencial sobre el cual podemos evaluar la finitud humana. La valoración de la finitud ha experimentado una serie sucesiva de cambios a través de la historia. En Grecia, por ejemplo, lo finito se contrastaba a lo infinito, siendo entendido esto último como lo ápeiron —lo indefinido— que es justamente el principio al cual postula el viejo maestro de Mileto, Anaximandro. En la Edad Moderna, lo finito es entendido como aquello que confina una realidad. En fin, difícil de resumir la trayectoria que han experimentado el término y el concepto. Sin embargo, cabe manifestar de que en nuestro mundo occidental, el hombre en buena medida ha sido entendido por la interpretación cristiana, y se le ha considerado por tanto, como hecho a imagen y semejanza de Dios. Pero se da la contradicción de que el concepto que tenemos de Dios es la de una entidad infinita. ¿Cómo pues, se entiende esta semejanza del hombre con respecto a Dios? Vaya aquí, pues, un primer problema que tropezamos al referirnos a la finitud e infinitud del hombre.

El hombre, por otra parte, no está definido; es por tanto un ser in-definido. Es una realidad finita pero no definida, terminada, por eso es que siempre está en la posibilidad de ser otra cosa. El Génesis cuenta la metáfora de la creación del mundo, y allí se ofrecen algunos rasgos que interesa analizar. Dios dice, refiriéndose a las cosas “**hágase**” esto o lo otro. Pero con el hombre usa otra expresión, “**hagamos**” al hombre. El primer vocablo es una expresión impersonal, gramaticalmente es un subjuntivo y hasta un imperativo. El segundo es un plural. Se pueden obtener numerosas interpretaciones de este pasaje. Algunos han querido ver en el segundo una referencia al dogma de la trinidad. Es más verosímil, a nuestro entender, que la expresión hace referencia explícita a un asunto que, como vamos a ver, es esencial a la vida del hombre. “Hagamos”, significa “vamos a hacer” es decir, es una empresa, un proyecto que no se termina con la mera enunciación de la orden, como el imperativo “hágase”.

El hombre es una realidad que estaría futurizada, es decir, que estaría siempre haciéndose. Y esto, que lo podemos comprobar cada uno de nosotros, es lo que más se ajusta a esa imagen que tenemos de la indefinición. El hombre en este sentido, de estar siempre haciéndose, de no estar terminado como realidad ontológica, es indefinido.

Ahora bien, por este hecho de no estar nunca dado el hombre, no es un dato, no se deja aprehender fácilmente como dato, aún más, si lo forzamos a ello, pierde su condición humana, lo hemos definido como cosa. Yo puedo, para muchos fines prácticos, contar personas, hacer uso de tablas estadísticas referidas a personas, pero en estos casos la verdad es que dejan de ser personas para transformarse en meras "cosas", no son hombres. Es distinto contar los números de muertos en una batalla que contabilizar las distintas tragedias y sentimientos que cada uno de ellos representa. En cuanto hombres, por fin, nos estamos dando, nos estamos haciendo. Por otra parte, el hombre tiene una realidad esencial que consiste en **vivir**. Este es otro rasgo que nos diferencia de las cosas. Esa mesa está ahí, no tiene en toda su completud el sentido de la existencia como algo que "vive". El hombre tiene en cambio una vida. Un animal, un perro también tiene vida, pero es diferente a la del hombre. La vida del hombre es una vida **biográfica** y también proyectiva. El perro por lo que sabemos, y con él todos los animales, no tiene una vida biográfica, sino en cuanto su vida está unida a la del hombre, en buenas cuentas, la vida del hombre es la que hace la biografía de la del animal. Esto se piensa muy raras veces, y es por ello que se adjudican categorías a otros seres que son precisamente las categorías humanas. Vemos por nuestros ojos la existencia de otros seres. Esta aseveración nos muestra hasta qué punto la vida humana es algo tan personal

Yo poseo, de acuerdo a lo expresado, una realidad que es la mía y no la de algún otro. Esta realidad, empero, se me da de un modo sucesivo y que se me antoja imperfecta. Esta imperfección proviene de que "mi" realidad pasada, se me ofrece en forma deficiente, lo mismo que la realidad futura que es muchísimo más insegura que la otra. Lo único que tiene mayor viso de seguridad es mi presente, pero éste nada tiene que ver con lo infinito ni es tampoco perfecto por estar abierto de un lado por un pasado y del otro, de un futuro incierto. El hombre, pues, llega a concebir la idea de que es el reverso de la eternidad.

Podemos revisar cada una de las formas con que se nos aparece la limitación humana y en ese examen llegaremos por fin a una forma de limitación que es tal vez la definitiva: la muerte. Esta se nos aparece como la más radical limitación del hombre.

En relación a ella veamos que el hombre se considera a sí mismo como un ser "mortal". Y esta palabra ha venido a significar, tanto en griego como en latín, "hombre" ni más ni menos, es decir, son sinónimos "hombre" y "mortal", por contraste a los inmortales, es decir, los dioses.

La palabra "mortal" tiene por lo menos dos sentidos, uno se refiere a la realidad que puede morir, como el hombre, esto es, algo que se puede destruir, algo que está amenazado por la muerte (Los griegos hablaban de una "corrupción"). No parece ser éste el significado más importante de este vocablo.

El segundo sentido, y es precisamente el que importa más, es aquel que nos dice que el hombre **tiene** que morir. El hombre no es solamente mortal, sino que además tiene inexorablemente que morir; está consignado a la muerte. Una cosa —esa mesa— puede romperse o no, puede quedarse allí. Un

vaso de cristal puede ser todo lo frágil que se quiera y otra cosa muy distinta es que tiene que quebrarse necesariamente. Al hombre no sólo le basta con ser una realidad mortal, sino que además tiene un destino irrevocable que es morir. Una de las cosas más inquietantes es la perduración de ciertas realidades empíricas. Si vamos de visita a un museo estamos enfrentándonos a toda una colección de realidades que se niegan a parecer y que están allí perdurándose mientras que, aquellas otras realidades —los seres humanos— que los crearon en la forma en que se exhiben ya no están allí. El paralelismo en cuanto a perduración de ambas realidades es sumamente inquietante y nos da mucho que pensar. Y eso a que sólo me refiero a realidades que podría llamar deleznales, como un vaso, un tejido, una pintura, y no me refiero a una catedral o a una pirámide que precisamente se han hecho con una intencionalidad de sobrevivencia que trascienda en mucho a la de sus creadores.

Si se tratara por tanto sólo de morir, el hombre podría tener alguna esperanza, pero lo grave es que no es solamente esto, sino que **tenemos, debemos** morir como dice un refrán “la hora es incierta, pero la hora es cierta” o, “dentro de cien años todos seremos calvos”, puede que no en cien años, puede ser un poco más, pero siempre será.

¿Qué clase de realidad es ésta? Hay un siniestro silogismo usado casi sin excepción por todos los lógicos: “todos los hombres son mortales, Sócrates es hombre, luego Sócrates es mortal”. Frente a esto yo pregunto ¿cómo tenemos la evidencia de la premisa mayor? ¿Por la experiencia? Será, sin duda la respuesta que algunos me darán. Yo creo que no. Por la experiencia sólo sabemos y podemos saber que muchos otros han muerto. Pero esto no nos da garantía plena para decir “todos los hombres son mortales”. Es como decía Hume, el hecho de que yo haya visto salir el sol todos los días no me da garantía ni seguridad alguna para afirmar que mañana éste saldrá. Sólo, pues, la inducción completa me puede dar la seguridad, esto es se presentan muchas excepciones para que la regla funcione ¿y cuáles son esas excepciones? Por lo pronto yo y Uds. no nos hemos muerto. ¡Se reirán Uds. y pensarán sin duda que ya llegará la hora! Justo, pero aún estamos vivos y somos una excepción. Y agregaría más, somos muchísimas excepciones. Piénsese cuánta es la población del planeta hoy día y se llegará a concluir que efectivamente el número de excepciones es realmente alto. Es cierto también, como contrapartida a este argumento, que han muerto muchísimos, tal vez tantos o más que los que ahora existen; pero la validez de nuestro argumento está ahí ¿y los de ahora? ¿por qué estas excepciones? He hecho este razonamiento sólo para probar que la certidumbre de la muerte no está dada por la experiencia. Debe haber otra cosa, distinta a la experiencia que me da este tipo de certidumbre.

Piensen Uds. lo que es morir para un hombre. A través de una imagen podemos pensar que la materia se disuelve o se convierte en energía, o que se transforma en otra cosa. En todo caso el morir significa desaparecer, por lo menos el desaparecimiento de una forma. ¿Ha muerto Juan? escuchamos. ¿Qué ha pasado como fenómeno? Ha tenido ni más ni menos que morir; se ha desintegrado o está desintegrándose, si su muerte es reciente. Pero sin embargo, a través del escueto fenómeno de desintegración de un cuerpo no

estamos plenamente conformes. Es decir, si algo se desintegra —el cuerpo del muerto— no nos parece que realmente esté muerto. Expliquémosnos mejor, si el cuerpo de un muerto desaparece, no tenemos la convicción clara de que está “realmente” muerto. Varias veces hemos visto en la zona de Concepción tragedias de pescadores que desaparecen en naufragios y cómo los familiares se aferran hasta el último momento en la idea de que están vivos. Esta convicción les viene por la desaparición física de los cadáveres, es decir, que para estar muerto se exige tener el cadáver presente, aunque sea algunos minutos. ¿Será por esto tal vez que algunos pueblos y personas se niegan a la cremación de los cadáveres puesto que les da la sensación que no son tales y en consecuencia que no están muertos? Sin ir más lejos, en el terreno jurídico, es imprescindible la presentación del cadáver para que exista la pena e incluso el delito. Si no lo hay el quehacer de la justicia se torna dudoso.

¿Qué significa el cadáver? Sabemos que éste sigue un proceso de destrucción. Y que además sólo nos interesa momentáneamente, para asegurarnos de la muerte de una persona. Y decimos “este hombre se ha quedado muerto” o “se ha muerto”. Si alguien desaparece, o se desintegra ¿cómo podemos afirmar que se ha muerto realmente? De ahí se deriva la esperanza de que aún pueda vivir. Morir, en consecuencia es quedarse, ahí, muerto. Es algo que le pasa a uno. El cadáver cumple una misión: certifica de que haya efectivamente muerto; demuestra o afirma con su presencia el fenómeno de la muerte. Sin cadáver no podemos hablar, con seguridad, que ha ocurrido una muerte o que alguien se ha quedado muerto. Y sabemos que estamos ahora vivos porque no tenemos, aquí presente, un cadáver que nos testimonie alguien muerto. De ahí la impresión que nos produce la cercanía de un muerto, porque nos pone en el umbral entre la vida y la muerte; nos hace percibir estos dos estados con más conciencia.

Relacionemos la muerte con otro hecho tan importante y crucial para nuestra vida como es el nacimiento. Es de hacer notar que el nacimiento no forma parte de mi vida porque no es presente. Yo puedo recordar una serie de hechos pasados, como el día en que fui a la escuela, cuando obtuve mi graduación, etc. en todos ellos yo tuve conciencia de un presente, lo que me hace tener ahora conciencia de que son pasado para mí. Mi nacimiento, en cambio, siempre fué pasado absoluto para mi conciencia. No me di cuenta cuando ocurrió, y me da la impresión, incluso, que le hubiese ocurrido a otra persona, menos a mí. Esa falta de actualidad, de “presente vivido concientemente” es el rasgo que aleja mi propio nacimiento del resto de mi vida; está en buenas cuentas **fuera** de mi vida.

Algo semejante ocurre con mi muerte. Parece tener este mismo atributo de estar fuera del marco de mi vida. Se dan una serie de acontecimientos entre ciertos límites, de los cuales yo soy consciente, puesto que los vivo partiendo desde mí mismo, con perfecto conocimiento de que ocurren. Pero hay otros que se escapan de este marco referencial, que se ejecutan tal vez por mí, pero de los cuales no tengo conciencia efectiva por eso adquieren una dimensión extraña y misteriosa. No los vivo plenamente puesto que vivir en gran medida significa vivir “con conciencia de que se vive” ¿Ocurre esto con el nacimiento y la muerte?

Heidegger utiliza en su filosofía una expresión a veces mal entendida “ser para la muerte”. Se ha querido ver en ella el sentido de que la vida toda del ser humano es **para** morir. Yo creo que esto no es verdad. Según decíamos, estamos efectivamente seguros de que moriremos, pero el sentido de la frase es otro, significa más bien “estar a la muerte”. ¿Y qué es esto? Es ni más ni menos lo que nos ocurre a todos en cada instante de la vida: “estamos a la muerte”. En cada instante está la muerte disponible para nosotros. Y esto es inexorable. Puedo morir en cualquier momento. No hay una hora justa y precisa para morir, hasta si yo planeara mi muerte a través de un suicidio cabría aún la posibilidad de morirme antes y de modo fortuito o diferente a mis planes. Si sabemos de alguien que por alguna razón casi muere lo manifestamos elocuentemente “estuvo **a la muerte**” o, “está **a la muerte**”, como si la muerte fuera una antesala que estuviera frente a nosotros según la vida vaya deviniendo.

No vivo, pues para la muerte; y quiero que se entienda bien esta distinción. Si bien es cierto que la muerte es una posibilidad que se abre segundo a segundo, es eso mismo, una “posibilidad”, pero no un fin al cual aspire conscientemente y al que consagre mi vida. Una dirección en ese sentido sería considerada anormal, y es anormal el suicidio o el autoaniquilamiento. La vida no puede vivir o ser para la muerte. Yo vivo, en cambio “para la vida”, y eso es lo que me interesa. La muerte me produce desazón, me inquieta. La vida más infeliz la vivo interesadamente. Todos los proyectos y contenidos que yo planee son para vivirlos **en la vida**; para instalarme en ella con todas mis potencias. Estudio, trabajo, me enamoro, etc., para llenar mi vida, para vivirla lo más plenamente que pueda. Yo llegaré a la muerte, pero no voy deliberadamente hacia ella, no es mi proyecto. La proyección biográfica y biológica de mi vida me llevan a la muerte. Yo podría decir, los vivos somos los que todavía no hemos muerto. Es digno de hacerse notar algún encuentro que tengamos con un anciano. Nos despierta espontáneamente una corriente de simpatía, hasta nos produce una cierta alegría. Pareciera que en él se cristalizaran algunas de nuestras escondidas aspiraciones: está venciendo a la muerte, y eso nos conforta. Pero si ese mismo señor se muere nos produce una sensación extraña de depresión. Nos da pena. En general, la muerte de cualquier persona nos deprime y nos da pena, acentuada éstas cuando se trata de algún ser querido.

¿De qué ha valido —nos preguntamos— de que un anciano haya vivido tanto? Está tan muerto como si le hubiese acontecido a los veinte años. Sin embargo, en todo ese lapso él pudo desarrollar un proyecto, “sus” proyectos. Y los resultados muchas veces están a la vista: hijos, obras, etc.

Veamos otro lado del asunto. La muerte se nos presenta como un fenómeno o hecho sumamente irreal. A última hora la verdad es que no la tomamos muy en serio. En el periódico aparecen todos los días listas de personas que se mueren: eso no lo tomamos en serio. Si muere alguien conocido, vamos al cementerio acompañando al cadáver y para dar testimonio de congoja a los deudos. Y podemos estar muy constreñidos en la ceremonia de exhumación. Al ver tantas tumbas pensamos “aquí hay miles de muertos, y en algunos años más todos los que ahora vivimos en la ciudad estare-

mos aquí". Esta consideración es absolutamente lógica: nadie puede escaparse al sino de la muerte. Pero sin embargo a pesar de toda esta atmósfera de muerte, una vez finalizados los responsos con que se rubrica la estadía del muerto en el cementerio, volvemos a la ciudad, volvemos a la vida, a cada realidad que individualmente vivimos. Y nos olvidamos del cementerio y sus muertos. Todo ello nos parece algo irreal, como sacado de nuestra realidad. ¿Qué significa esto? Ni más ni menos que consideramos a la vida como lo real y a la muerte como lo irreal. Algunas personas se aferran a su realidad, no quieren trocar su circunstancia real con esa nebulosa irrealdad de los muertos. Y no van al cementerio. Junto con temerle, no desean un mundo que, por definición, es contrario a la vida.

Esta contrariedad entre real e irreal tiene otros matices interesantes ¿qué es —por ejemplo— la vejez para un joven? Naturalmente que el joven rebozante de vida no se pregunta con frecuencia esta cuestión. En todo caso es algo muy lejano a él e inaccesible, por el momento. Pero es algo absolutamente seguro, el llegará, en el mejor de los casos a convertirse en anciano.

Pero para el joven esa posibilidad es algo tan irreal como la muerte, pero tan seguro una como la otra. Por eso es que vivimos instalados en la vida. Y a última hora no lo creemos. Pareciera que la muerte y el nacimiento fuera cosas de otros, pero no algo que nos pueda suceder a nosotros. Le damos el carácter de algo irreal que nos pueda ocurrir. Los antiguos decían: cuando vivimos, la muerte no es; cuando la muerte viene, ya no somos ¿Para qué entonces preocuparse de la muerte?

Sabemos, por tanto, que moriremos, esto es una seguridad para nuestra conciencia. Y esta seguridad no la obtenemos por medio de la experiencia —se muere sólo una vez y no hay quien haya regresado posteriormente a contarnos su experiencia— decimos. Hay, pues, otras razones, de las cuales depende esa seguridad. Son razones estructurales. La vida humana tiene etapas: niñez, juventud, adultez, vejez. Y ésta es última. Después de ella ya no puedo hacer nada. En cada etapa yo me instalo en la vida, y una vez cumplidos los requisitos de una me desinstalo y me paso a la siguiente en forma sucesiva. La vejez es una instalación de **término**. No puedo quedarme allí indefinidamente. Tampoco hay otra etapa que le siga. La estructura vital de las edades, la estructura empírica que llamamos hombre es, por definición, una estructura **cerrada**. Termina con la vejez y después, como punto final, hay la muerte. Es, por tanto, a través de una consideración estructural que sabemos que moriremos.

¿Qué pasa si en lugar del hombre yo me refiriera únicamente a **mi** vida, a mi realidad? Sé que ésta se proyecta constantemente hacia el futuro. Es una realidad que tiene proyectos hacia adelante. Y estos proyectos son en verdad infinitos. No hay razón alguna para que yo deje de proyectarme. Puedo tener una posición económica holgada, un empleo, tener una familia, etc., todas esas cosas por las que de ordinario el hombre lucha. No por eso la vida está completa. Siempre estoy aspirando a algo más, siempre tengo un proyecto en mi mente, pequeño o grande, pero que me mueve hacia adelante.

Dejar de tener proyectos es limitarme a mí mismo y raramente lo hace el

hombre. Esto nos lleva a plantear una cuestión controvertible. Pareciera que la estructura biológica de mi vida no incluye la muerte. Por el contrario, pretende vivir siempre. Yo no tengo un último proyecto. Se puede estar con la muerte encima, "a la muerte" y aún así, estoy haciendo proyectos. La situación de un condenado a muerte puede concretarse en proyectos que le hagan elegir el tipo de actitud frente a ella ¿moriré con hidalgía, con miedo, con arrogancia? La función de la futurización es inexhaustible. Si soy mortal, en cuanto estructura biológica, soy una realidad abierta. Esto lo digo como una especie de confesión, no se puede aquí ocultar nada sin caer en un error. Si soy mortal intrínsecamente por un lado, por otro, una pretensión sincera es la de vivir siempre.

Esto nos lleva a plantearnos otra cuestión ¿qué es eso que llamamos morir? En definitiva no lo sabemos con claridad. Cuando hablamos de la muerte de otros, por ejemplo de que fulano murió ayer, que es necesario tener un seguro de muerte, que el tránsito provoca varias muertes, etc., estamos refiriéndonos a un tipo especial de muerte: la muerte impersonal. ¡Juan ha muerto!, ya no está entre nosotros, afirmamos todos, estas experiencias por muy cercanas que se encuentren no las sentimos como algo personal.

Es necesario hacer notar que algunas formas de la vida son análogas a la muerte. La despedida, la ausencia, revelan una gran similitud con la muerte. Nos quedamos sin la persona, la echamos de menos. Esta última expresión tiene una evolución de por sí curiosa. Significa "echar menos", "hallar menos", que es igual a "no encontrar", es decir, "hallar no hallando", que desemboca finalmente en "yo encuentro que no lo encuentro". Todo esto, por supuesto, referido a una persona.

Si alguien está ausente y éste está de algún modo relacionado conmigo, yo deseo en forma vehemente que esté conmigo, que su ausencia termine. Siento como un gran vacío, una especie de desequilibrio interior que no se completa con el resto de las cosas que me ofrece la vida. Yo quiero que esa persona esté presente. Este deseo es casi un imperativo y el único que hace posible la vuelta a la normalidad, a la obtención del equilibrio que deseo. Siempre me estoy proyectando hacia ella; en sentimientos, recuerdos, cartas, etc.

¿Qué pasa si una persona muere estando ausente? Si se observa bien, la situación que se presenta con respecto a nosotros es totalmente diferente que si esta misma persona muriera no estando ausente, es decir, conectada de cuerpo presente a nuestra vida.

Si muere en la ausencia yo no me entero plenamente de su muerte. Es como si no hubiese pasado y le damos un carácter de mayor irrealidad a este hecho que si aconteciera ahora y aquí. Cuando me entero del fallecimiento de un amigo, de un pariente, el hecho escueto es que la muerte se reduce sólo a una noticia. Nos impacta menos, a veces, pero otras, basta sólo con saberlo para trastocar nuestra realidad.

Hay oportunidades en que no sabemos a ciencia cierta si la noticia es verdadera o falsa y entonces quedamos como en suspenso y no nos decidimos a hacerla desaparecer de nuestra conciencia. Esperamos una seguridad, aunque sea mínima. Esa leve esperanza con respecto a los naufragos, a los accidentes de aviación, u otros en los que esperamos la seguridad del de-

senlace hasta el final. Cuando las noticias son inciertas nos invade toda una ansiedad. Hay un cambio en los sentimientos de las personas. Frente al recuerdo del muerto los sentimientos nuestros se concentran en él y sufren como una especie de deslumbramiento. Toda una serie intencional de valores van dirigidos hacia él aun cuando el objeto de nuestras intenciones haya desaparecido. Nos pasa algo similar a ese pasaje tan bello que encontramos en "La vida es sueño". Segismundo se enamora de Rosaura. Pero todo ese amor no ha sido más que un sueño. Hay algo empero que es nuevo: Segismundo se ha despertado enamorado. No existe en la realidad esa mujer a la cual vuelca sus sentimientos, pero como objeto intencional sí que existe puesto que su amor es amor de algo: Rosaura. Lo mismo nos pasa cuando una persona muere, nos parece inconcebible, inaceptable la muerte de ella. Y no nos resignamos. De ahí el dolor y las exclamaciones de sufrimiento que son en nosotros aunque la persona ya no sea tal.

Dijimos que hay el rompimiento de un equilibrio cuando alguien se nos ausenta. Y la muerte de alguien que amamos es también una ausencia. Ocurre que con esa persona hay toda una serie de cosas que están orientadas. Si amo a María, la casa donde vivo tiene sentido con respecto a ella. El lugar de su trabajo tiene una intención para mí porque es "su" lugar; donde hace sus compras, donde se pasea, etc. Esta "geografía intencional" se quiebra cuando ella está ausente. Todos esos lugares dejan de significar algo para mí. El recuerdo no se basta. Exijo la actualidad de su presencia en sus cosas. Es el caso extremo de dejar una ciudad, un país porque ha dejado de tener una referencia intencional con alguien a quien amamos. Ahora bien, la muerte ajena, la de otro, es mi soledad: me quedo sólo, y hay veces en que esta es terriblemente extrema, dura y conflictiva. No es cierto que los muertos sean los que se quedan solos, como dice el poeta, sino más bien somos nosotros los que nos quedamos solos sin los muertos.

¿Qué es mi muerte? Como no he experimentado esta experiencia sólo puedo hacer conjeturas. Creo que es una opacidad de mí, esto es, yo soy en vida sensibilidad. La muerte debe ser lo contrario, la pérdida de esa sensibilidad, la pérdida de mi circunstancia, del mundo. Por eso es que quedo solo. Por otra parte, la muerte del cuerpo no es la pérdida de una cosa, sino que es la pérdida de una instalación, "mi" instalación. Morir, en buenas cuentas, es ser expulsado de la mundanidad, es ser lanzado, sacado de la instalación en que se vive. Es como si en vida ocupáramos un lugar prestado que después de cierto tiempo debemos dejárselo a otro. Esta expulsión quiere decir que perdemos totalmente nuestra circunstancia.

La muerte me afecta a mí, a la realidad de mi vida. El nacimiento no es más que una radical innovación que acontece. Cuando alguien nace, algo nuevo surge en el mundo. Un hijo, es un tercer yo irreducible a cualquier otro yo; aunque sea el de sus padres. Su yo es totalmente nuevo. Esto es, según estimo, el verdadero significado que puede tener el concepto de creación referido al hombre. Siendo una realidad nueva no tengo subordinación a otra. La relación orgánica con mis padres es obvia, pero mi realidad personal es inderivable y es más compleja. Así vamos tomando más conciencia de nosotros mismos. ¿Qué ocurre con la muerte? Los procesos biológicos que acontecen con ella son perfectamente reducibles a una lista o es-

quema por demás conocidos. La causa eficiente puede ser una enfermedad, un accidente, etc. ¿Cuál es la conexión personal que tengo con todo eso que produce la muerte? La verdad es que entramos a un terreno donde todo es problemático. Mi muerte personal es totalmente problemática. Es más o menos la misma relación que se da con mi nacimiento. Habría que probar la dependencia de los procesos biológicos que aquí ocurren con lo otro. Sin embargo, si yo miro el asunto con más atención llego a la conclusión que la muerte personal, la que me ocurrirá a mí, es irreductible a todo proceso biológico. Yo soy un hombre mortal, instalado en una estructura biológica cerrada que me obliga a perecer después de una vida biográfica. Hay, a pesar de esto, algo dentro de mí que me convierte durante toda mi vida en ser volcado, dirigido hacia la perduración. Es decir, soy y pretendo ser un proyecto perdurable que lucha con la muerte. Pretendo, en otras palabras, ser inmortal, transcender ese límite que me franquea mi instalación biológica. Hay un **que** mío que es mortal, y un **quien** que quiere ser inmortal. ¿Cómo nos portamos usualmente frente a la muerte? La actitud más frecuente es la del olvido. Desterramos de nuestra conciencia la idea de que tendremos que morir; nos desentendemos de ella aunque inconscientemente sabemos que vendrá. Siempre estamos haciendo proyectos, signo inequívoco de que no le damos importancia. Cada uno de nosotros proyecta alguna cosa para un momento más, para mañana, para la próxima semana, el próximo año, etc. Nuestra vida en buenas cuentas es un constante hacer proyectos. Así vivimos con la esperanza y la seguridad de que aún no es el momento de nuestra suerte. Muchas generaciones que nos han precedido y algunas que ahora viven hacían incluso proyectos que iban más allá de la muerte. El hombre cristiano, por ejemplo, creía que había otra vida después de muerte. En consecuencia, ésta no era más una etapa, una valla que pasar. La auténtica vida era la otra, la que venía después de la muerte y todos los proyectos de esta vida actual se dirigían hacia la otra. La Humanidad, durante mucho tiempo, cifró sus proyectos personales y colectivos en esta idea.

Ocurre en algunos casos un hecho muy curioso. Al creer en una vida futura estamos proyectando la vida actual hacia ella. Muchas veces nos desentendemos de esta vida en función de la otra, pero tampoco a la otra no la tomamos muy en serio puesto que no hay evidencias claras de ella. Y se produce, por tanto, una doble negación a la vida; ésta, la que estamos viviendo y la otra, la que se pretende vivir. ¿Se vive entonces realmente? Hay una especie de inconexión entre la una y la otra, la muerte se presenta como una vulgar aduana de la una sobre la otra, condicionando una por la otra. En la mente de todos los hombres que creen en esta posibilidad, la vida actual y la futura se les presentan como dos realidades distintas.

Veamos otra imagen o posibilidad con respecto a la muerte. Algunos pueblos viven y han vivido con la obsesión de la muerte. Estiman que el hombre va hacia ella, toda la vida no es más que la preparación hacia ella. La vida entonces se les presenta como algo vacío, pierde todo su contenido. Si la esperanza se pone sólo en los proyectos, es decir, si sólo vivo en función de una supuesta inmortalidad que me da la muerte, la vida actual deja de ser tal, no tiene importancia, y en consecuencia se vacía.

Otra posibilidad, también muy conocida: es la aniquilación total derivada de la muerte. La vida se terminaría en forma absoluta cuando llegue la muerte. Esta es la convicción de las grandes masas de hoy día y es curioso que este fenómeno social sea la primera vez que se presente en la historia con la dimensión actual ¿Qué pasa entonces con la muerte en una consideración así? De partida, a esta se le mira y considera con un desinterés extremo. No interesa en absoluto preocuparse de ella.

¿Qué ocurre entonces? Que la vida se trivializa, los contenidos que le podemos dar a la vida adquieren una dimensión trivial, que es la constante en nuestros tiempos. Como no hay otra vida y como no se piensa en el problema que la muerte y la vida significan, lo trivial adquiere una categoría de valor muy por encima de otras cosas que tal vez puedan ser más importantes.

Habría otra posibilidad más, la muerte entendida como algo problemático. Esto quiere decir que frente a ella se me presenta toda una suerte de problemas que están en relación directa con los intereses e inclinaciones míos. Por ejemplo se me presenta el problema de la seguridad personal. ¿A qué atener mi destino? La vida me presenta una serie de hechos conectados conmigo, a ellos me puedo atener fácilmente porque incluso intervengo en su conformación. Hasta cierto punto soy el artífice de mi propia vida. ¿Pero qué pasa con mi muerte? Con ella todo es tremendamente problemático. Nada hay en ella en la cual pueda yo actuar para moldearla con rasgos similares a la vida. Otro problema que puede presentármese supuesta la existencia de la muerte, es que no tiene ya sentido mi vida. Sería una ecuación fatalista que, frente a la evidencia de que pereceremos no valdría la pena vivir. ¿Para qué hacer tantos esfuerzos en la vida si al final tendré que morir igual? Entonces, la gloria, el poder, la riqueza, esto es, todo aquello por lo que nos movemos en la vida comienza a perder su calidad de estímulo motivador para vivir. Yo no puedo dejar de preguntarme frente a una posición así lo que ocurriría si todos los hombres pensaran de esta manera. Y es curioso que la propia naturaleza del hombre no le lleva con frecuencia a plantearse este problema en los términos que lo he reseñado. Como que la perduración de la especie estuviera en relación estrecha con la no toma de conciencia de este asunto.

Otro problema que también se presenta en esta coyuntura. Supuesta la existencia de otra vida ¿para qué ésta? ¿Qué valor tiene vivir ahora en circunstancia que hay otra y mejor? Es a la conclusión que llegan algunos hombres de profunda y arraigada fe religiosa. Por eso es que pierden interés en esta vida. Llevan una vida que tildaríamos de "poco presentable", de poco valor e interés. Claro es que a un hombre que así procediera se le podría reprochar: Si Ud. no ha hecho nada en esta vida ¿para qué quiere otra? Si ha despreciado esta vida ¿para qué va a querer otra? Es decir, que ante una actitud así hay que pensar que a la vida hay que darle necesariamente **un valor** y eso es una cosa que depende exclusivamente de cada uno. No significa que vamos a considerar ésta como una carrera de obstáculos, los cuales hay que estar constantemente pasando. No. La vida, si bien presenta obstáculos, éstos, empero, son la mayoría de las veces el verdadero motor que nos impulsan al progreso. Buena parte de

la historia del hombre no ha sido más que vencer obstáculo tras obstáculo en función de un hipotético perfeccionamiento del hombre mismo como de las condiciones que le rodean. Cuando pensamos en los obstáculos que ofrece la vida no podemos dejar de observar de que si Dios —según la tesis cristiana— hubiera creado sólo el Paraíso no habría creado al hombre, sino a cualquier otra realidad, superior o inferior al hombre, pero que no hubiera tenido esa condición de enfrentar los obstáculos y sinsabores que la vida ofrece.

Nos encontramos pues, resumiendo nuestras posturas, frente a una pareja disyuntiva: el hombre como ente empírico va hacia la muerte y es consciente de ello en la mayoría de los casos. Por otra parte pide, quiere y desea la inmortalidad.

¿Qué hacemos frente a estas dos posibilidades? Hé aquí el problema. Esta es la situación amarga y conflictiva del hombre. ¿Podemos tener alguna seguridad, especialmente en la segunda? ¿Es posible la vida humana después de la muerte? Es decir, ¿podemos tener la vida biológica, la vida empírica, después de la muerte?

Esto es de una inseguridad que nos abisma. Y es aquí donde el hombre comienza a cavilar y a plantearse las cosas en una dimensión que muchas veces escapan a la lógica, sumiéndose en un mundo que ni es ni lógico ni científico: la fe.

Si se admite la vida perdurable estoy satisfaciendo mi deseo de inmortalidad, pero rara vez reconozco que esta misma vida perdurable, eterna, es una nueva condenación. Vivir para siempre es estar condenado a una sola alternativa, es estar amarrado a la vida ¿es esto lo que realmente queremos? Por eso que en este punto el hombre debe ser lo más honesto y verdadero consigo mismo. Plantearse el problema y decidir qué postura tomar.

¿Y por qué amamos, finalmente, la vida? Por qué ese deseo de amarrarnos a ella. Es porque algunas cosas de ella nos interesan sobremanera. Son esos contenidos a que aludíamos anteriormente. Y son los motivos por los que encontramos un valor a ésta. ¿Y cuáles son estas cosas que revisten tanto valor como para ser vividas? Eso, cada cual lo sabe y debe responder. En lo que a mí respecta, me importan todas esas cosas la muerte no puede invalidar. Y por ellas vivo.

* * *

MIGUEL DA COSTA LEIVA

El Prof. Miguel Da Costa Leiva es Director del Instituto Central de Filosofía de la Universidad de Concepción. Profesor Titular del Departamento de Historia de la Filosofía de la Universidad de Concepción. Profesor de Estado en Filosofía (Universidad de Concepción). Licenciado en Filosofía (Universidad Complutense de Madrid, España) y estudios de doctorado en esa Universidad.